

Otro cruce fronterizo – dejando a Ecuador y entrando a Perú

Después de dejar a Quito, nos dirigimos a Cuenca, otra joya colonial preciosa de Ecuador. A diferencia de Quito, Cuenca no tiene las colinas empinadas, pero conserva la misma belleza en la arquitectura, las plazas y las calles coloridas. La plaza del centro tiene un ambiente encantador, lleno de muchas iglesias elaboradas, no solo la catedral principal, sino también iglesias más pequeñas por toda la ciudad.

La Catedral de Cuenca, Catedral de Santa María y San Julián, no es tan imponente en tamaño como la de Quito, pero su arquitectura es igual de llamativa. La catedral cuenta con tres enormes cúpulas azules y blancas, que pueden verse a distancia. Por la noche, el resplandor de la catedral y las luces alrededor de la plaza le dan a la ciudad una sensación completamente diferente: tranquilidad pero vibrante. Los restaurantes te llaman para que pruebes su comida, los bares silban para un trago y nosotros seguimos el sonido de la música hasta un pequeño bar en la plaza donde tocaba una banda de jazz local. Fue una forma perfecta de terminar nuestro primer día en Cuenca.



Al día siguiente, mientras caminábamos por las muchas calles coloridas y únicas, encontramos Santo Pan. El nombre llamó nuestra atención: ¿pan santo? – Nos encanta el pan, pero ¿puede hacernos santos? Quizá no, pero el pan era, de hecho, ¡celestial! Nuestro pan favorito fue el pan mestizo, un tipo de pan que representa una mezcla cultural de europeos e indígenas de Ecuador: es blando y mantecoso, dulce y salado. Una monja amigable en la puerta nos dijo que Santo Pan es un convento en funcionamiento, construido en 1820, y donde se encuentra el primer horno de leña de Cuenca. Momentos como estos, tan inesperados, sencillos y deliciosos, son lo que hace que viajar sea tan gratificante.

Otra mañana, mientras caminábamos por *el río Tomebamba*, el río que divide las partes antiguas y nuevas de la ciudad, nos encontramos con un gran parque que nos atrajo con su vegetación. Resultó ser el terreno del Museo y Jardín Botánico de Pupapungo, a solo unas pocas cuadras del centro. Dentro, paseamos por hermosos jardines, vimos llamas pastando, muchas aves locales, incluida una cuyo "flequillo" se hinchaban cada vez que hacía un ruido. El parque también tenía una variedad de cultivos, incluyendo arándanos, tomates, maíz y patilla. Nos cruzamos con un grupo de niños de cinco años en una excursión escolar, todos emocionados y llenos de energía. Verlos nos recordó a nuestras propias excursiones de la infancia. El museo y los jardines estaban bien conservados, completamente accesibles e impecables. Lo hemos notado en todo Ecuador, lugares como Cotopaxi y Pumapungo están increíblemente bien cuidados, son accesibles y gratuitos.





Desde Cuenca, continuamos hacia el sur en dirección a Saraguro, un tranquilo pueblo indígena enclavado en los Andes. Saraguro no es un destino turístico, y precisamente por eso nos encantó. Paseando por su plaza, vimos a la gente local haciendo su día, vestida con su ropa tradicional. Las mujeres llevan faldas largas negras: puedes distinguir a las mujeres mayores de las más jóvenes por sus sombreros, las mayores los llevan, las más jóvenes no. Los hombres llevan pantalones negros más cortos, sus característicos sombreros negros y el pelo largo trenzado. Los niños jugaban por la plaza, y las niñas ya llevaban sus largas faldas negras, igual que sus madres. Fue hermoso ver cómo se vivían y transmitían estas tradiciones.

Un poco más al sur, llegamos a Loja, esperando solo una breve estancia. Pero como tantas paradas hasta ahora, Loja tenía otros planes para nosotros. Nada más entrar, nos dimos cuenta de que la ciudad estaba celebrando algo. Era el Festival Internacional de Artes Vivientes, una enorme celebración de 10 días de las artes en vivo. Llegamos justo a tiempo para presenciar un desfile de dos horas inaugurando las festividades y lleno de diversidad: bailarines jóvenes y mayores interpretando las danzas nativas ecuatorianas de varias regiones, y varios artistas de otros países como... Sí, Colombia y Estados Unidos! El desfile también incluyó varias bandas de música, carrozas con una variedad de representaciones culturales que representan la historia, tradiciones locales, valores religiosos y míticos, y mucho más. El centro de Loja se convierte realmente en un escenario vivo y dinámico. La energía en las calles era algo único. En cada calle en la que girábamos nos encontrábamos con cantantes, cómicos, acróbatas, titiriteros y todo tipo de artistas callejeros por todas las calles. También había escenarios principales con actuaciones culturales, y tarde por la noche la plaza estaba llena de gente bailando y pasándolo bien al ritmo de las orquestas.



<https://www.instagram.com/reel/DRFLt79jj61/?igsh=bmpvcjNiZG8za2xz>

Pero nuestros artistas favoritos fueron los pintores. Nos cautivamos con artistas arrodillados en el andén, creando obras enteras de arte con tiza. Viendo cómo sus dibujos toman vida justo delante de nosotros. Los niños también se encontraban pintando y cubriendo las calles con sus propios garabatos.



Al final nos quedamos dos noches, posponiendo felizmente nuestro itinerario original para poder disfrutar más del festival. Esa es una de las ventajas de viajar sin un itinerario rígido: cuando surge algo especial, simplemente puedes quedarte.

Finalmente, llegó el momento de seguir hacia el sur, hacia Perú, y ahí fue donde el viaje se volvió interesante. A diferencia de nuestro cruce tan fácil de Colombia a Ecuador, el paso fronterizo en Huaquillas no fue tan sencillo. No era abrumador, pero sí más lento, un poco desorganizado y requería paciencia, una espera más larga y mucho ir y venir por falta de señalización. De hecho, entramos en Perú, nos sellaron el pasaporte, salimos de Perú de vuelta a Ecuador sin un nuevo sello, obligándonos a estar en el país ilegalmente durante unos 5 kilómetros... luego de vuelta a Perú. Aun así, fue manejable, y pronto estábamos al otro lado.

Lo que más nos sorprendió fue lo drásticamente que cambió el panorama. Pasamos de los nublados bosques andinos a la costa desértica del norte de Perú en un solo día, desde 3,500 metros sobre el nivel del mar hasta la playa. Por desgracia, también vimos mucha basura en la playa y las carreteras. Un contraste bastante grande: durante horas recorrimos las bellas y limpias curvas de los Andes, pero a unos 30 kilómetros de la frontera, todo se aplanó de repente y la basura empezó a aparecer poco a poco. Después de tantas carreteras de montaña, ese largo tramo de carretera recta y llana parecía irreal, y la basura nos entristeció.

Cruzar a Perú se sintió como pasar una página hacia un nuevo capítulo: nuevos paisajes y una aventura completamente nueva por delante.

27 de noviembre del 2025

